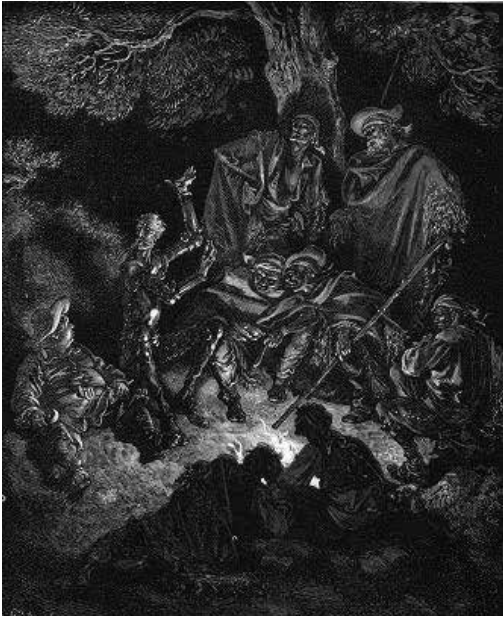


AL CALOR DE LA PANTALLA

Vanesa Ledesma Urruti



“Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía...”

Son muchos los artistas que han retratado las reuniones en torno a la hoguera con ese tono melancólico y romántico con el que se construyen muchas veces las imágenes de lo atávico. Recordemos, por ejemplo, esta estampa de Gustave Doré para *El Quijote*, donde el estrasburgués logra capturar visualmente, con la intensidad propia del grabado, la preocupación central de la gran obra de Cervantes: la cuestión de la oralidad. Porque *el Quijote* no sólo nos habla de la decadencia de un determinado modo de hacer literatura – la novela de caballería – sino también y quizás más insistentemente, nos anuncia la pérdida de una cierta forma de entender y construir la oralidad, la cual, en tiempos de Cervantes, ya había quedado herida de muerte con el advenimiento de la imprenta.

El magistral grabado de Doré recrea una escena ancestral. Se trata del momento en que el caballero, calzado en su maltrecha armadura, pronuncia el célebre discurso de la Edad de Oro mientras que, sentados en corro, Sancho y unos cabreros escuchan atónitos bajo los efectos del vino al curioso personaje, sin saber muy bien de qué demonios está hablando, asombrados, un

tanto incrédulos, pero subyugados sin duda por la sonoridad de su oratoria. La expresión de Don Quijote bajo el resplandor del fuego se recorta flameante contra la negra espesura de la noche. El dramatismo del claroscuro atrae la atención hacia el único foco de luz, ese foco que da a toda la estampa su significación profunda: la hoguera, símbolo del nacimiento de la mitología, ese fuego inmemorial a cuyo calor se forjó el arte de contar historias.

El sociólogo o antropólogo afirmará, no sin razón, que es la capacidad de convocatoria del fuego lo que origina la interacción oral y de ahí a la aparición del relato todo podría explicarse apelando a la férrea lógica de la causalidad. Sin embargo, para los que tenemos la inclinación a cifrar el mundo en claves estéticas, el fuego, con su continuo crepitar, su centelleo fluido y vibrante, con ese constante poder de transformación que desde Heráclito se asocia al eterno devenir de las cosas, nos remite a la infinita tarea de “tomar forma”, de moldearse y, hasta cierto punto modularse, que tiene el alma humana. Podríamos decir que el fuego, con su constante temblor, es como una voz que se modula al ritmo profundo de las fluctuaciones del alma. Y esto fue probablemente lo que, en los milenios que precedieron a la escritura, habría definido al gran poeta, al gran contador de historias.

La constante transformación y plasticidad del fuego hace que su contemplación tenga además un carácter hipnótico que nos acerca a un mundo onírico y nos induce a soltar las riendas de la imaginación. Si además tenemos en cuenta el hecho de que el fuego proporcionó por primera vez al hombre primitivo la seguridad necesaria para una relajación completa, permitiéndole no sólo soñar sino también recordar lo soñado, podemos expandir las relaciones entre este poderoso fenómeno de la naturaleza y la tradición oral, sustentada esta última en el estado de distensión profunda que hace posible la escucha. En efecto, el fuego permitió la escucha activa, esa capacidad propiamente humana de mantener, como diría Walter Benjamin, el *oído alerta*. Quizás por eso, el fuego guarda una relación tan sugerente con la memoria, pues sólo desde ese estado de relajación puede lo escuchado penetrar hasta el fondo de nuestro imaginario, alterándolo, transformándolo en algo propio que podamos volver a contar desde

dentro, no como una historia ajena sino como algo muy nuestro. Podríamos decir entonces que el fuego lleva en sus ritmos y temblores la promesa de la repetición. ¿Y no sería eso mismo la poesía, palabras susceptibles de ser repetidas, de vibrar a través de los siglos una y otra vez, siempre de la boca al oído?

Sin embargo, con el desarrollo de la escritura, el texto acabó por conquistar las formas del pensamiento, mermando nuestra capacidad tanto de entonar historias como de escuchar con el oído alerta. Dominado por la textualidad imperante, el pensamiento fue alejándose cada vez más de su fundamento musical. Incluso los grandes relatos que, como la *Iliada* o el *Poema de Gilgamesh*, fueron originariamente experiencias orales pero han llegado hasta nosotros en forma escrita, nos dejan la sensación al leerlos de que algo se ha perdido en el camino. De algún modo, la palabra escrita ha sellado una experiencia que antes habría pertenecido al espacio vibrátil de la interacción oral y que poco a poco fue relegada al silencio íntimo y privado de la lectura. Hay sin duda una dosis de violencia en este acto de silenciar las palabras concebidas para ser habladas y tal vez por eso han sido tantos los autores que han ensalzado en su narrativa la tradición oral, de Cervantes a Borges, expresando cierta nostalgia por una noción de la oralidad, diríamos, casi platónica.

Recordemos que para Platón la palabra hablada era parte constitutiva del ser humano, pues se forjaba en su interior. De esta forma, la palabra hablada – la palabra “épica”, la voz, el vocablo – quedaba grabada en el alma del que aprende conformando su memoria más profunda, su sabiduría. Por el contrario, la palabra escrita era como un ente ajeno que llega a nuestro recuerdo “desde fuera”, un mero “recordatorio” de la verdadera sabiduría (como el que se deja a sí mismo una nota en la puerta del frigorífico) y por eso, apoyarse en el texto era en cierto modo “descuidar” la memoria. Platón tuvo la brillante intuición de que la memoria está de alguna manera impresa en la particular sonoridad de la voz humana, en su timbre, en su vibración, en esos sonidos que se entonan como ecos lejanos de pulsaciones internas. Por eso, la música habría sido originariamente la forma más pura y menos apesadumbrada de la memoria. Y quizás también por eso, recordar había sido para los

antiguos, desde Pitágoras, el reiterado descubrimiento de las correspondencias sonoras que ya estaban dadas en el universo y que venían impresas en el alma del que escucha. Era la música de las esferas, ese compás originario que iría transmutándose de generación en generación adquiriendo patrones cada vez más complejos.

Del mismo modo, en la tradición oral la palabra hablada era algo muy íntimo que se fraguaba en la sonoridad de un espacio cóncavo – ¿el corazón? – y que podríamos definir como *memoria profunda* (quizás hoy más que nunca haya que poner calificativos a la memoria humana para distinguirla de esas otras implacables memorias electrónicas que amenazan con borrar todas nuestras huellas). En efecto, saber algo de memoria no implicaba un saber con el pensamiento, sino un conocimiento de algo más hondo que de alguna manera palpitaba en nuestro ritmo interior. Tal vez por ello, lenguas como el inglés y el francés tienen esa expresión tan bonita para aludir a aquello que se sabe de memoria. “By heart” o “par coeur” nos recuerdan la profunda resonancia entre la memoria y ese latido interno de donde probablemente surgió la repetición poética, siempre imperfecta, que durante milenios ha hecho posible la preservación de nuestros relatos y de nuestra historia.

Pero hoy, curiosamente, esta cultura oral que en un momento dado fue eclipsada por la palabra escrita, está experimentando un verdadero renacimiento gracias a las nuevas tecnologías. En particular, el uso de canales como Youtube o Vimeo favorece la recuperación de la antigua práctica de la oralidad al ofrecernos la posibilidad de dar nueva vida a la palabra hablada, lo que ha supuesto una auténtica revolución en la forma de entender y consumir contenidos audiovisuales a nivel global. Se trata de un fenómeno cuya significación última está aún por verse, pero es obvio que en el contexto excesivamente hipertextual de la web, en que un número indefinido de vínculos van ampliando el texto hacia el infinito, ha surgido un resquicio por donde recoger el testigo de una práctica que había quedado a la deriva.

En efecto, el *vlogger* (abreviatura de *video blogger*) encarna al nuevo poeta cuyo arte consiste en grabarse a sí mismo hablando de un tema cualquiera y colgar estos vídeos diaria o semanalmente en la red, ganándose la vida

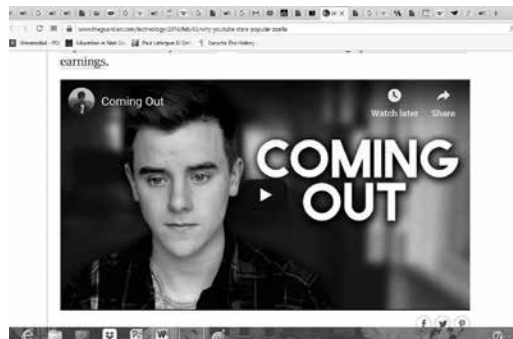
con ello. La temática suele ser variada, pero lo más importante y lo que más atrae la atención del público es la ausencia total de filtro o de autocensura. Así, muchas veces el *vlogger simplemente nos cuenta "su vida", cómo se siente*, algún pequeño acontecimiento de su día a día o cualquier otra cosa que le pase por la cabeza. Estos nuevos ídolos de la cotidianidad son simplemente gente común que tiene el don de atraer (sin convocarlas) a millones de personas con el "poder" de su palabra, con la sola promesa de *hablarles honestamente* sobre cualquier cosa. Se trata, en definitiva, de un nuevo estilo narrativo que favorece el uso de técnicas propias de la interacción oral y que, por la posibilidad de combinarse con otros formatos digitales, ha sido definido como una "oralidad multimodal".

El resultado es inaudito: sin ir más lejos, la audiencia youtubera, compuesta principalmente de jóvenes y adolescentes que siguen a sus ídolos por internet, sobrepasa los mil millones de usuarios mensuales, lo que demuestra entre otras cosas la desesperada necesidad de estos jóvenes de que les *hablen de verdad*. En un mundo cuya lógica es cada vez más relativista, esto implica, entiéndase, no tanto que se les diga la verdad sino más bien que se les hable de forma auténtica, con frescura, con imperfecciones, muy al contrario de lo que hacían los ídolos musicales o del cine, alrededor de los cuales todo era *márketing*. Se espera de estos nuevos ídolos que no lleven sello, que hablen sin seguir un guión y sobre todo, que no suenen a palabra escrita.

Esta parece ser la exigencia principal y es a tal punto severa que en cuanto el *vlogger* de turno empieza a modificar su forma de hablar para favorecer subrepticamente algún tipo de interés (casi siempre víctima de la fama cuando ya ha superado un número exorbitado de seguidores y su cuenta bancaria ha engordado sustancialmente), es castigado de inmediato por la audiencia, su canal abandonado y su "palabra" desechada por contaminarse de la falsedad laudatoria del lenguaje televisivo. Y por alguna razón que tiene que ver seguramente con la calidad del video casero, la pobre iluminación y el cutre decorado de un cuarto revuelto en cuyo fondo están las ropas tiradas por encima de la cama, es muy fácil para esta audiencia joven distinguir el lenguaje falso o ensayado del verda-

dero y espontáneo, algo que no ocurría cuando la tribuna era el plató de televisión.

La importancia otorgada a la palabra por encima de la imagen, la autenticidad de una voz que sale de dentro, el hecho de que sean personas comunes con un lenguaje cercano, coloquial, incluso a veces ordinario y soez, intensifica el carácter confesional de estos videos. Su mismo formato requiere que el *vlogger* se sitúe generalmente muy cerca de una webcam, de manera que su imagen aparezca en primer plano mirando directamente a la cámara. Por otro lado, la audiencia de estos videos es normalmente una persona sola en la intimidad de su habitación frente a una pequeña pantalla que requiere asimismo cercanía. La puesta en escena de este intercambio sugiere por tanto una íntima conexión entre hablante y oyente. Y es en este peculiar confesionario – abierto por otro lado a todo el globo – donde los *vloggers* más populares de hoy nos revelan en exclusiva sus más íntimos secretos, donde Lisbug (2,216,295 seguidores) nos relata entre sollozos los pormenores de su última ruptura sentimental o donde Shane Dawson (21.419.140 seguidores) nos comparte su más reciente descubrimiento sobre sí mismo:



"Hoy voy a abrir mis sentimientos y hablaros de algo, voy a ser honesto y os voy a decir que... soy gay." (12.209.686)

La sensación de intimidad viene además subrayada por la alusión directa a la audiencia en segunda persona, al más puro estilo de la antigua tradición oral. Para ello, el *vlogger* recurre a expresiones como "hoy tengo algo que deciros", "oíd lo que os voy a contar" o alguna otra fórmula que pareciera copiada de los antiguos cantares, donde el poeta usaba este recurso para afianzar la implicación del oyente, pero sobre todo la in-

tención era resaltar la autoridad que le confería el tener algo que contar, pues él era conocedor privilegiado de algo que merecía ser escuchado: “¡Oíd! Yo conozco / la fama gloriosa / que antaño lograron / los reyes daneses, / los hechos heroicos / de nobles señores...” Así comienza el gran poema épico anglosajón Beowulf.



“Hoy os voy a contar... qué chicas me parecen perfectas...” (445.120)

Sin embargo, el ambiente de intimidad y confianza en este caso es ilusorio, no sólo porque el vlogger en realidad está hablando para un número incalculable de personas, sino sobre todo porque se intenta recrear una relación “cara a cara” pero sin caras en la que, no lo olvidemos, la interacción ocurre sin cruce de miradas. Y en esto también nos recuerdan estos vídeos a los confesionarios tradicionales donde sólo oblicuamente se podía ver al que estaba al otro lado, pero nunca mirarlo.

En efecto, este nuevo tipo de interacción tiene lugar en diferido y únicamente por escrito en la sección habilitada para comentarios, con lo que no se produce en ningún momento la retroalimentación necesaria para ir modulando el discurso conforme a la respuesta del público. Desaparece así la resonancia entre el hablante y el oyente, aniquilando con ello cualquier posibilidad de extender el acto de la oralidad y por consiguiente, destruyendo toda esperanza de mantener vivo el relato.

Y es que en esta nueva cultura oral, los seguidores lo son porque se han suscrito a un canal determinado o han hecho click en un “me gusta”, pero no porque hayan interiorizado el relato y sean capaces de reproducirlo, como ocurría con las grandes épicas que se han ido filtrando hacia

el fondo de los siglos a fuerza de ser entonadas, escuchadas y repetidas – y cada vez que un nuevo poeta volvía a recitar un canto de la Ilíada, Homero ganaba un “seguidor”. Por su parte, al vlogger le trae sin cuidado el papel que su relato pueda tener en la memoria colectiva, como no podía ser menos, ya que sabe muy bien que este quedará grabado en una memoria digital y podrá repetirse ad infinitum tal y como fue expresado originariamente. Su relato quedará congelado para la eternidad como si se tratase de un texto terminado y perfecto, y gozará por tanto de una vida dilatada en el ciberespacio, aunque muy reducida o casi nula en el recipiente cóncavo de la memoria humana.

Pero era precisamente la posibilidad de transmisión lo que permitía al relato fusionarse con la experiencia personal, con la vida particular de cada individuo. Es más, lo que sustentaba una determinada cultura era el hecho de que la memoria, impresa en la voz humana, garantizaba la constante presencia de imperfecciones y desviaciones del relato. Estas imperfecciones favorecían la mutación del relato en mito, puesto que permitían a la audiencia interiorizar y recrear la historia, moldearla al calor de su propia experiencia para después volver a contarla desde dentro, una vez rescatadas las lecciones aún vigentes y tamizados los aspectos esenciales de la naturaleza humana. De esos posos surgía justamente la legitimidad del relato, su función práctica: “Que las leyendas de los antiguos sean una lección para los modernos, a fin de que el hombre aprenda en los sucesos que ocurren a otros que no son él. Entonces respetará y comparará con atención las palabras de los pueblos pasados y lo que a él le ocurra y se reprimirá”, se nos advierte al inicio de *Las Mil y Una Noches*, ese gran relato oral ramificado en una trama de historias anónimas, de leyendas, de múltiples voces a su vez recogidas de otras voces.

Hoy en día también encontramos todo tipo de consejos y recomendaciones en los vídeos de los vloggers, con la salvedad de que estas enseñanzas no aspiran en ningún momento a ser transmitidas de la boca al oído, disolviéndose así su función práctica. Porque no es el consejo desnudo lo que sirve de orientación para la vida, sino la capacidad de una cultura para filtrar ese consejo. Por eso, pareciera que en el vlog-

ging las voces están huecas, que no tienen el cuerpo suficiente para asegurar su transmisión. En efecto, esta nueva oralidad ha perdido toda conexión con la música interior que originariamente le había dado su razón de ser al lenguaje poético. ¿Es entonces el vlogging un síntoma más de la verborragia propia de una sociedad que ha perdido su capacidad para la escucha?

Tal vez tuviera razón Levi-Strauss cuando en 1974 constató que, frente a las culturas primitivas, donde el lenguaje se empleaba con parsimonia y se escatimaban las palabras, nuestra civilización abusa del lenguaje, tratándolo “de una manera que se podría calificar de inmoderada: hablamos a propósito de todo, todo pretexto es bueno para expresarnos, interrogar, comentar...” En este sentido, la nueva oralidad está muy lejos de suponer una vuelta a la transmisión de una sabiduría que se guarda cuidadosamente en el cuenco de la memoria para entregarla de padres a hijos. Quizás hayamos sucumbido ya a aquel presentimiento de Benjamin que advertía de la inevitable tendencia de nuestra cultura a la expansión desvergonzada de lo privado, al tiempo que se privatizan o quedan fuera de juego las grandes preguntas.

Está claro que aún no podemos calibrar el alcance del vlogging para el futuro de nuestra civilización pero al menos de momento, este fenómeno está muy lejos de rescatarnos del olvido de nuestros mitos fundacionales. Y si no cultivamos el arte de entonar nuestros mitos, ¿cómo podremos en adelante evocar, llamar al recuerdo, a nuestra historia? Porque lo que sí sabemos es que si no nos paramos a escuchar jamás sabremos realmente contar, y así ocurre que las sociedades pierden el oído y empiezan a llenarse de “malas historias”. ¿Será que ha llegado el momento de echar luz al oído, aclarar el habla y volver a iluminar nuestra escucha?

Vanesa Ledesma Urruti

Doctora en Literatura por la Universidad de California. Hizo su tesis sobre el Expresionismo en las artes visuales y la puesta en escena de Valle-Inclán y Roberto Arlt (2011). Fue lectora AECID en la Universidad Politécnica de Budapest (BME) y en la Universidad Tribhuvan de Katmandú (2007-2012). También fue profesora de Literatura Peninsular en la Universidad Fatih de Estambul (2013-2014) y profesora visitante de Lengua y Literatura Hispánica en la Universidad de Ghana (2015-2016). Sus intereses de investigación giran en torno a la cultura visual, la estética, las relaciones entre artes visuales y literatura. Actualmente vive en Cádiz.